

Punto de partida: Hiroshima...*

Kenzaburo Oé

En el pasado mes de abril, escribí una carta llamando a los intelectuales a formar un comité de cooperación con el fin de ayudar a la Liga nacional de asociaciones de *hibakusha* a compilar y a publicar documentos sobre las experiencias vividas durante los dos bombardeos. He aquí el texto de esa carta:

“Al acercarse el verano y, con él, el vigésimo aniversario de los bombardeos atómicos, la Liga de asociaciones de *hibakusha*, única organización que agrupa a escala nacional a las personas atomizadas¹, intenta llevar a cabo un importante emprendimiento: reunir todos los datos relativos a los bombardeos, en especial los recuerdos escritos por las víctimas, conservarlos cuidadosamente y luego hacerlos publicar y traducir. Se trata de un emprendimiento verdaderamente vital, en primer lugar para los mismos *hibakusha* que, habiendo sobrevivido, han sido forzados a hacer frente en estos últimos veinte años a la situación más cruel posible, pero también para todos nosotros que no hemos sido atomizados; y no podría dejar de insistir sobre la extrema necesidad de esta tarea, sea cual fuere el destino de las armas nucleares: porque si los proyectiles lanzados hace veinte años quizás fueran los últimos de ese tipo en ser utilizados para destruir a la humanidad, es igualmente posible que las bombas A y H de mañana sirvan también, efectivamente, como armas para nuevas matanzas.

“La Liga de asociaciones de *hibakusha* mantuvo en el pasado vínculos muy estrechos con el Consejo japonés contra las bombas A y H. Y el

* Epílogo a *Notes de Hiroshima*, Gallimard, Paris, 1996.

¹ De aquí en más debe entenderse esta palabra como un neologismo que alude a las personas víctimas de las bombas atómicas.

hecho de pertenecer a un movimiento político tan poderoso como éste le ha brindado innegablemente los medios para actuar con mucho dinamismo. Pero al mismo tiempo, hay que reconocer también que las acciones que reclamaban de manera urgente, por su propia iniciativa, los *hibakusha* de la Liga están lejos de haber sido realizadas siempre como prioridad. Es lo que se muestra claramente, me parece, cuando uno piensa que en el presente, en el momento de volver a partir de cero por su lado, la Liga de *hibakusha* está obligada a dedicarse primero a una cuestión tan fundamental como ésta.

“El deseo de los *hibakusha* de dejar una huella escrita de su experiencia, de clasificar y de conservar todos los datos relativos a los bombardeos atómicos, procede por así decir de la voluntad de descubrir su identidad, o de hallar su salvación en sí mismos, con el mayor estoicismo. Además, a todos los que no hemos sido atomizados este emprendimiento nos ofrece la ocasión de reconsiderar lo que somos hoy, de reflexionar sobre nuestro porvenir - y en este sentido, pienso que con un sentimiento de reverencia debemos aportar nuestro sostén para este proyecto.

“En general, un intelectual que se aísla en su escritorio para pensar en su propio destino y en el de la humanidad llega infaliblemente a acordarse de todos aquellos que hace veinte años vivieron el bombardeo atómico. Una pregunta entonces debe ocupar con certeza su mente: ¿no existirá un medio de ligar sus aspiraciones personales con las de los *hibakusha*?

“A menudo nuestro intelectual, cuando se compromete en un movimiento cualquiera, comprueba que entre sus propias aspiraciones y las del grupo al que desea adherir se interponen toda clase de filtros y termina no sabiendo ya adónde quedaron sus aspiraciones. Del mismo modo, por la fuerza de las cosas, ha vivido a menudo momentos de incertidumbre: ¿hasta qué punto se ha comprometido, hasta qué punto su expectativa ha sido colmada, hasta qué punto ha asumido sus responsabilidades?

“He aquí porqué quisiera proponer ahora la formación de un comité que le dará su apoyo al emprendimiento previsto por la Liga de asociaciones de *hibakusha* para el verano del vigésimo aniversario de los bombardeos. En efecto, allí un intelectual logrará unir muy directamente a la vida y a las aspiraciones de las víctimas atomizadas su reflexión y sus aspiraciones

personales concernientes a las amenazas y los dramas ligados a las armas nucleares - y esto en condiciones tales que le será posible verificar claramente cómo sus expectativas habrán sido satisfechas y qué parte de responsabilidad habrá asumido él mismo.”

Cerca del verano de 1965, se comprometieron esfuerzos de todas partes para exhumar el desastre abominable sobrevenido hace veinte años y reevaluar su magnitud. Ahora bien, ciertamente la recopilación y la clasificación de todos los datos relativos a los bombardeos atómicos, así como notas redactadas sobre el tema por los *hibakusha*, marcarán la línea directriz de esos esfuerzos. Incluso los documentos ya presentados una u otra vez en la prensa a menudo han quedado diluidos en una ola de innumerables publicaciones. Y sin embargo todos esos escritos, redactados en condiciones tan particulares que no podrían reproducirse, constituyen verdaderamente testimonios excepcionales e irremplazables.

No hemos olvidado, por supuesto, la serie de dibujos de Maruki Iri y Akamatsu Toshiko titulada *Genbaku no zu*², ya que es una de las mejores reconstituciones que existen del paisaje humano tras el bombardeo. En cambio, ¿cuántos de nosotros recuerdan todavía *Pikadon*³, un pequeño libro de imágenes publicado en 1950 por los mismos autores? Con su cubierta acartonada de color naranja, donde figuraba el retrato de una anciana, era magnífico y de un contenido perturbador. Presentaré aquí sus grandes líneas, formulando el deseo de que los sesenta y cuatro dibujos que lo componen acompañados de comentarios breves aunque de una gran exactitud puedan ser objeto de una reedición.

²“Imágenes del bombardeo atómico”. Obras que a partir de 1950 fueron objeto de exposiciones en todas las regiones del Japón.

³Este término, formado por una doble onomatopeya que evoca a la vez el “flash” de un brillo cegador (*pika*) y el “bang” de un estrépito espantoso (*don*), fue primero empleado por los niños de Hiroshima para evocar el efecto monstruoso provocado por la explosión. Rápidamente se convirtió, en especial para los *hibakusha*, en el sinónimo expresivo de “bombardeo atómico”. La obra *Pikadon* fue reeditada en 1979 en Tokio por el grupo “Roba no Mimi”.

Una abuela de ochenta años, que vivía en Hiroshima en el barrio de Mitaki, sobrevivió a su marido que fue arrebatado por el “flash” y luego, ante su nieto Tomekichi, devana sin cesar, tanto de noche como de día, a la manera del hilo que tejía en su juventud, la historia del bombardeo.

“Se hubiera dicho que en verdad era el infierno, un cortejo de fantasmas, un océano de fuego. Salvo que como no veía demonios, pensé que a pesar de todo eso pasaba aquí abajo... La bomba, si los hombres no la hubiesen lanzado, no hubiera caído.”

Pasaron cinco años, y aún hoy la anciana, noche y día, llueva o sople el viento, repite indefinidamente esa historia, la repite y se lamenta sin cesar.

“La guerra llegaba a su fin. Y todo el mundo estaba harto. Pero éramos arrastrados a la fuerza, el ejército y el gobierno nos llevaban de la punta de la nariz...”

Aquella mañana, el abuelo y la abuela, llevando una carretilla, habían ido a recuperar madera de construcción a unas casas destruidas tras su evacuación para limitar los riesgos de incendio. Una vez que volvieron a su casa, estaban a punto de tomar una ducha cuando explotó la bomba.

“Eran las ocho. De pronto, hubo una luz cegadora. Un resplandor como nadie había visto nunca. Antes que la abuela hubiera tenido tiempo de decir “¡uf!” el cielorraso y el techo se desplomaron sobre su cabeza, el piso fue proyectado en el aire, y ella se encontró encajada entre los dos.”

Cerca del punto de impacto de la explosión, la parte superior del cuerpo de una de las víctimas literalmente se volatilizó, y hay “solamente dos piernas plantadas allí, los talones pegados a la carpeta asfáltica”. Y luego, extrañamente, se descubre “en un tranvía a una muchacha muerta: la mano cerrada sobre su saco, la cabeza apoyada contra la de un soldado carbonizado, ella no tiene ninguna herida.”

No obstante, “ya no hay nadie para contarnos lo que pasó en el punto de impacto de la bomba”. Esta frase breve, que nos oprime, es acompañada por una imagen que representa un cielo sombrío y una planicie desolada, arrasada por el fuego, donde no quedan sino algunos árboles desnudos y abatidos.

“En el estanque de la residencia de la familia Asano, unas carpas nadaban entre los cadáveres.”

“Unas golondrinas con las alas quemadas, que ya no pueden volar, se desplazan saltando sobre el suelo.”

“Recuperando mi ánimo, me precipité hacia afuera: mis camaradas de regimiento estaban de pie, fijados en su saludo militar. “¡Eh!”, grité pegándoles en el hombro, y entonces cayeron literalmente hechos polvo, se desmoronaron.”

Tras el retrato de esos soldados que en un segundo se redujeron a cenizas, aquí está otro:

“En la casa del soldado enfermo, su joven esposa, apretando a su hijo en sus brazos, estaba presa entre dos gruesas vigas. Un vecino se empeñaba en sacarla de allí, pero por sí solo no tenía bastantes fuerzas.

‘¡Páseme al menos al bebé, rápido, rápido! - No, moriremos juntos, porque de todas maneras mi marido ha perdido la vida. Entonces, dejar a este niño solo en el mundo... ¡Pero usted, huya, rápido!’

La decisión de esa joven mujer, ¿no es todavía más desgarradora que las historias de autosacrificio en las que una madre termina pereciendo en un incendio por preocuparse ante todo de que su bebé salvara la vida?

“Se distribuían víveres a las víctimas del bombardeo. El nieto de la anciana se hallaba también en la fila. Delante suyo, había una muchacha desnuda. Apenas había recibido su ración de bizcochos para cinco personas cuando se derrumbó de golpe y quedó allí, sin moverse.”

“Fue entonces que aparecieron moscas que succionaban la sangre humana. Y se expandió un rumor: durante setenta y cinco años, ninguna hierba, ningún árbol volverá a brotar, entonces el lugar será inhabitable también para los hombres.”

“Quienes se regocijaban de haberse escapado por un pelo vieron su cuerpo cubrirse de manchas, perdieron sus cabellos de golpe, de a puñados, y murieron unos tras otros.”

“En el equipo de trabajo del barrio de Mitaki, hay una mujer que ha perdido a su marido, pero eso no le impide ser valerosa en la tarea. Sin embargo, se le ha trasplantado a su brazo quemado piel sacada de su trasero, e incluso ahora que pasó el otoño, y luego el invierno, el trasplante sigue retrayéndose y le hace doler terriblemente.”

Luego, tras la desaparición del abuelo, muerto de agotamiento, “la abuela se puso a dibujar todos los días. ¿Y saben qué? Hermosos dibujos muy alegres. Hoy también, mascullando como de costumbre: 'La bomba no es como un terremoto: si los hombres no la hubiesen lanzado, no hubiera caído', dibujó unas flores escarlatas y una graciosa paloma”.

Ese pequeño libro de imágenes, que alía a la exactitud del testimonio sobre el bombardeo atómico un encanto fascinante, atrajo desde su publicación la atención de un número relativamente elevado de lectores. En cambio, el verano de ese mismo año de 1950, otra obra concebida en Hiroshima finalmente no apareció, cuando ya la habían impreso y encuadernado. Con el pretexto de que era “anti-americana” y que describía de manera excesivamente cruda las realidades del bombardeo atómico, el ejército de ocupación prohibió en efecto su publicación. 1950 marca el inicio de la guerra de Corea, y es también el año en que ese periodista americano, al visitar a un *hibakusha* ciego de Hiroshima, le planteó la famosa pregunta: “En mi opinión, bastaría con soltar dos o tres bombas atómicas sobre Corea para poner fin a la guerra. Usted que sufrió el bombardeo, ¿qué opina de esto?”

El libro prohibido, ignorado por todos, quedó pues sepultado en el depósito de la municipalidad de Hiroshima, donde fue descubierto en abril de este año. Actualmente, la ciudad proyecta hacerlo reeditar. Esa obra es

verdaderamente digna de ser al fin difundida con motivo del vigésimo aniversario del bombardeo atómico. He aquí el texto escrito en la época por el responsable del proyecto, a manera de advertencia al lector:

“Se hallarán aquí testimonios auténticos de la experiencia desgarradora vivida hace cinco años en Hiroshima. Más de ciento cincuenta manuscritos nos han llegado, y cada uno de ellos podía arrancar lágrimas de sangre al lector, pero en virtud de un determinado número de criterios - en especial el entorno de la persona durante el bombardeo, su situación concreta, o incluso la distancia con respecto al punto de impacto -, hemos seleccionado treinta y cuatro: dieciocho testimonios reproducidos íntegramente y dieciséis extractos de textos que relatan experiencias muy particulares. Los otros manuscritos, tesoros irremplazables de Hiroshima, ciudad de la Paz, serán conservados en el Memorial que pronto debe ver la luz.

“Estos testimonios sagrados de personas que, habiendo soportado esa calamidad sin precedentes para la especie humana, han sobrevivido y se han levantado tras haber tocado el fondo de todo sufrimiento, de todo desamparo, estos testimonios, pues, ¿no tendrán la fuerza, cuando hace estragos el huracán que separa al mundo en dos campos hostiles, de vibrar en el oído de los hombres como un llamado a la paz enviado por el Cielo?”

De hecho, todos esos textos fueron compuestos tres años después del bombardeo atómico. ¿Qué voluntad pudo impulsar a ciento sesenta y cuatro habitantes de Hiroshima a revivir así, dejándola por escrito, esa experiencia trágica? La respuesta la da un profesor de la Universidad de Letras y de Ciencias de Hiroshima, que se hallaba en el momento de la explosión a dos kilómetros del punto de impacto de la bomba, en estas pocas frases atravesadas por el aliento de la más extrema urgencia:

“¡No queremos más guerra! ¡No queremos más guerra! Es lo que gritan de manera patética, desde el fondo de su corazón, todos aquellos que han vivido el bombardeo atómico de Hiroshima. Es un llamado acuciante a la paz, tan radical que desafía toda expresión. Pase lo que pase, ¡no le

impongan nunca a nadie una experiencia tan cruel! Eso es lo que queremos clamar a la faz del mundo. *No more Hiroshimas!*⁴ Es el slogan que en la situación internacional de hoy es preciso enarbolar lo más alto posible. No debe quedar en las orillas del río Ôta y flotar, humilde y solitario, en torno a la Pagoda de la Paz.”

Para que las miserias sobrevenidas con el bombardeo atómico encuentren una última reparación, hay que obtener la garantía irrefutable de que ya nunca le será impuesta al hombre una experiencia tan cruel, nos dice este texto, que en ese sentido expresa el sentimiento común a todos los *hibakusha*; al mismo tiempo, muestra que apenas tres años después de la catástrofe, el grito surgido del fondo del corazón de las víctimas parecía ya reducido a “flotar, humilde y solitario, en torno a la Pagoda de la Paz, en las orillas del río Ôta”.

Un chico de nueve o diez años en el momento del bombardeo, y salvado por un pelo porque se encontraba entonces evacuado en el campo con sus camaradas de escuela, escribe a propósito del proyectil que le quitó a su padre y que hirió a su madre y a su hermano menor las siguientes líneas:

“Bomba atómica, bomba atómica, es ella el demonio que se robó la vida de mi padre. Pero no puedo tenerle rencor. Porque a causa de ella Hiroshima se puso de pie. *No more Hiroshimas! No more Hiroshimas!* Tal vez podamos decir también que las personas muertas en el bombardeo se han sacrificado por nosotros. Esas víctimas son nobles, y bajo su mirada protectora debemos caminar por la senda que conduce a la paz.”

A través de este pasaje se adivinan los esfuerzos desplegados por los maestros de escuelas primarias y secundarias de Hiroshima, ocupada entonces por las tropas americanas, para justificar los dramas provocados por el bombardeo atómico. Al mismo tiempo, percibimos que el chico se debate como un demonio ante las contradicciones demasiado pesadas con que se ha atiborrado a su espíritu infantil. Más allá de todas sus tentativas

⁴En inglés en el original.

lógicas para transigir con ella, la bomba atómica sigue siendo para él algo intolerable. Sin embargo escribe: “Pero no puedo tenerle rencor”, y esa frase, de pronto, nos desgarró el corazón.

De todos los testimonios reunidos en esa obra a propósito de la abominable mañana de verano de hace veinte años, la impresión más llamativa que se desprende es la del *silencio* que apresa a los habitantes de Hiroshima tras el bombardeo. En un instante, un monstruo gigantesco, enigmático, ha conquistado la ciudad. ¿No es natural que ante él la primera reacción de los heridos, tan minúsculos y vulnerables, haya sido un *silencio* estupefacto?

He aquí por ejemplo las observaciones de un empleado de oficina que trabajaba en la Cooperativa de control de distribución del combustible: en el momento de la explosión, se hallaba a cien metros del punto de impacto, pero como casualmente acababa de bajar al sótano fue el único de sus camaradas que sobrevivió.

“Estaban todos sentados sobre los escalones de piedra, agrupados en el mismo lugar. Había una mujer que en el trascurso de unos instantes había quedado ciega de un ojo, un hombre que estaba mal del corazón, otro con migraña... todos sufrían de heridas visibles y trastornos internos. Pero nadie se quejaba de sus dolores. Casi todos callaban.”

De todos los silencios, el más cruel, el más absoluto, está sin duda hecho de los “gemidos inarticulados” de los que habla una mujer en su testimonio:

“Saltando por encima de los árboles caídos, por encima de las piedras, corrí como una loca hacia el puente de Tsurumi. ¡Y qué vi allí! En el agua, bajo el puente, hormigueaba un número increíble de gente. Imposible distinguir los hombres de las mujeres. Todos tenían el rostro hinchado, grisáceo, los cabellos erizados sobre la cabeza, los brazos que se agitaban en el aire hacia aquel que se precipitaría lo más rápido posible en el río lanzando gemidos inarticulados.”

En la descripción hecha por otra joven, se ve una evolución psicológica más compleja, que permite comprender mejor de qué naturaleza es ese silencio tan profundamente arraigado en las personas atomizadas.

“Del otro lado, en algunas partes de la tapia de hormigón había enormes agujeros. Adentro, creí ver a ras del suelo una hilera de sombras negras, entonces me acerqué. No había forma de distinguir los hombres de las mujeres, los jóvenes de los viejos. Estaban sentados en fila, casi desnudos, y todos tenían el rostro y el cuerpo hinchados y parduscos, como si se hubieran puesto de acuerdo. Algunos ya estaban ciegos. Sobre las rodillas de alguien había un niño muy pequeño, y cuando vi la piel de su espalda que colgaba en jirones, como la de un níspero podrido y ennegrecido cuando se lo ha pelado completamente, a pesar mío me di vuelta. Todo el mundo permanecía inmóvil, fijado en un silencio lúgubre, aun cuando ya no se sabía si estaban vivos o muertos. La idea de subir en el mismo camión con esas personas me heló de espanto.”

Pero el egoísmo del todo modesto de esta mujer no dura más que un cortísimo instante. Pronto, ella pierde el conocimiento. He aquí lo que siente cuando, al cabo de veinticuatro horas, vuelve en sí:

“No veía más nada. Traté de levantar las manos, pero la derecha estaba pesada y no lograba moverla. Con los dedos de la mano izquierda, rocé mi rostro: al tocar, la frente, las mejillas, la boca tenían la consistencia de una papilla de pasta de soja y de gelatina, y estaban tan hinchados que se hubiera dicho que ya no tenía nariz. De pronto, me acordé de esas figuras de fantasmas, allá lejos, al abrigo del muro de hormigón, y temblé.”

En ese instante sin duda, esa mujer ya no tuvo otro recurso que alcanzar también el círculo sombrío del silencio.

Luego nace en ella un sentimiento de solidaridad con respecto a las otras víctimas del bombardeo. De ahí en más, en lugar de retroceder bajo el golpe del horror, se siente por así decir “embarcada en el mismo barco” que sus compañeros de miseria, los *hibakusha*.

“Un año, oí decir que un equipo encargado de examinar a las personas atomizadas llegaba a Hiroshima, entonces fui al hospital donde se podía consultarlo. Allí me encontré entre personas que estaban todas marcadas físicamente, de una manera o de otra, por el bombardeo: una mujer de unos cuarenta años, que actualmente vivía lejos, del lado de Miyoshi, tenía los párpados y la boca surcados de cicatrices, y con sus queloides estaba tan horriblemente desfigurada que apenas se podía mirarla a la cara; una chica soltera tenía un bello rostro, pero la parte inferior, desde las mejillas hasta el cuello, estaba cubierto de queloides de un rojo oscuro, y parecía tener dificultades en girar la cabeza. Otra persona tenía en una mano tres dedos pegados unos a otros, dedos arrugados y totalmente rígidos. Finalmente, tras haber charlado de diversas cosas, todos se pusieron a hablar de la crueldad de la guerra, de su disgusto y de su remordimiento por haber vivido eso, y se les salían las lágrimas. Yo, que todavía soy bastante agraciada, no hallaba siquiera palabras para consolarlos, pero todo eso era tan lastimoso, tan triste que incluso ahora esa escena está todavía presente en mí, se diría que está grabada en mi retina. ¿Acaso no se puede hacer algo por esas personas? En tanto que les quede un soplo de vida, llevarán ciertamente una existencia muy sombría.”

Formando parte de los estudiantes movilizados, un muchacho de diecisiete años, que trabajaba en una fábrica de las afueras de Hiroshima durante el bombardeo, cuenta que en el momento en que regresaba bajo un chaparrón de lluvia negra hacia la ciudad destruida para buscar a su familia, “trastornado por los gemidos apenas perceptibles de los niños enterrados vivos bajo los escombros”, participó en los esfuerzos hechos para salvarlos. Por otro lado, un profesor de colegio, que no dejó en todo el día de socorrer a sus alumnos y de ocuparse de los cadáveres, describe de la siguiente manera el final de esa jornada de labor agotadora:

“Al amparo de los magros fuegos que estaban latentes bajo la ceniza, no había más que cadáveres impecablemente alineados, y luego, todos parecidos, rostros hinchados, camisas en jirones, gemidos, sueños

profundos. Algunos alumnos ya habían sido evacuados hacia un puesto de auxilio, en cuanto a los otros, estábamos a punto de enviarlos por barco hacia los hospitales situados en la costa, en Nijima y Miyajima, y después de habernos asegurado de que allá se podrían encargar de ellos, los confiamos a la gente del equipo de salvataje, y a las cuatro y media partimos a rescatar a un alumno que esperaba nuestro regreso junto al puente de Hirose. Porque queríamos, si era posible, confiarlo igualmente a ese equipo de socorro para que recibiera cuidados. Pero cuando llegamos cerca del puente, descubrimos allí solamente el cadáver de un viejo desconocido, y finalmente no encontramos huellas de ese alumno en ninguna parte. Entonces regresamos los cuatro (*i.e.* los profesores) en silencio hacia la escuela. El amanecer estaba cerca, y bajo el centelleo de las estrellas, nos sentamos espalda contra espalda al amparo de los pilares de la galería en parte carbonizada, y nos hundimos en un profundo sueño.”

Amargo, amargo sueño el de esos profesores extenuados, encerrados en el silencio...

¿Qué existencia pueden llevar hoy los ciento sesenta y cuatro habitantes de Hiroshima que enviaron su testimonio al redactor de esas “Historias vividas del bombardeo atómico”? Y por otra parte, ¿cuántos de ellos están aún con vida? Ya transcurrieron diecisiete años desde la época en que redactaron sus recuerdos. A fin de conferirle a su experiencia vivida un valor totalmente personal capaz de compensar esa crueldad, a fin de encontrar un sentido positivo para sus vidas devastadas, todos habían lanzado, en la urgencia más extrema, gritos - pero éstos quedaron, hasta esta primavera, prisioneros de libros muertos apilados en el depósito de la municipalidad de Hiroshima como viejos papeles inútiles. Para lanzar esos gritos, ciento sesenta y cuatro *hibakusha* debieron afrontar el dolor físico y mental, pero una mano poderosa y gigantesca se adhirió en seguida a sus bocas para amordazarlas. Incluso dando pruebas de optimismo, nada autoriza a creer que la mayoría de las personas que atestiguaron así estén aún en este mundo. Los que desaparecieron antes de la primavera de este año murieron en la amargura, viendo que el grito que habían lanzado

seguía estando sofocado bajo el sello del silencio. ¿Quién podrá colmar completamente alguna vez sus votos insatisfechos?

Ha llegado el momento de poner un punto final a estas “Notas de Hiroshima”. El deseo de escribir esta obra nació de una estancia en esa ciudad durante el verano de 1963, luego se confirmó en el curso de un segundo viaje en el verano del siguiente año. Pensé a veces en diversos títulos que, me parece, hablan por sí mismos del fin que me había fijado en esos ensayos:

“Pensar al ser humano en Hiroshima”

“Hiroshima dentro de nosotros”

“¿Cómo sobrevivir a Hiroshima?”

Para la faja de anuncio de mi novela *Kojintekina taiken*⁵, publicada el año pasado, escribí: “Quise, para *limarlos* de la manera más radical, volver a cuestionar toda clase de temas que se instalaron desde hace mucho tiempo en mi vocabulario.” La misma intención me acompañó a lo largo de la redacción de esta serie de ensayos: Hiroshima, si puedo decirlo así, es la *lima* más dura que yo haya rozado, la que va a lo esencial. Y es en referencia a Hiroshima - considerada como la expresión de un pensamiento fundamental - que yo tengo que re-situarme en cuanto novelista japonés.

La primera de mis visitas a esa ciudad data del verano de 1960. En esa época, todavía no había empezado verdaderamente a comprender lo que es Hiroshima, pero una cosa es segura: ya tenía el presentimiento. Entonces escribí para el *Chūgoku Shimbun* un breve artículo en el cual se halla este pasaje:

“Hoy asistí, en Hiroshima, a la conmemoración del bombardeo atómico. Y fue para mí una experiencia muy valiosa. De ahora en más, lo siento así. Sin duda esa experiencia, cobrando cada vez más peso, extenderá su

⁵Publicado en español por Anagrama con el título de *Una cuestión personal*.

influencia sobre mí en profundidad. Durante los quince años que transcurrieron desde el bombardeo, comencé mi adolescencia, luego viví la mayor parte de mi juventud, pero pienso que hubiera debido visitar Hiroshima más tempranamente. Lo más tempranamente hubiera sido lo mejor. Pero incluso este año, no era demasiado tarde.”

Ese presentimiento era justo. Hoy, cinco años después, la presencia de Hirshima ha adquirido para mí un peso, un ascendiente incomparable. A menudo, tengo un sueño penoso, que me sofoca: en lo más intenso del verano, en un sitio quemado por el sol, un hombrecito de mediana edad que tiene puesta ropa de noche está de pie, la cabeza muy derecha y con un aspecto tenso, con una voz apenas audible, da un discurso. En el sueño, lo escucho sabiendo que en algunos meses va a morir súbitamente de una astenia debida a las consecuencias de la radiación...

Evidentemente, no tengo la osadía de pretender que todos los dramas humanos de los que fui testigo en Hiroshima (aun cuando finalmente no he hecho más que entreverlos con la mirada del viajero) - hasta los más desesperantes - puedan ser convertidos en valores positivos; pero al menos me permitieron en muchas ocasiones distinguir dónde se sitúa, entre los japoneses, la dignidad humana.

Encontré personas que, sin declararse vencidos jamás, continuaron viviendo allí donde brota la peor desesperación, la incurable locura. Oí hablar de esa muchacha tan dulce, nacida después de la guerra, y que unió su propio destino al de un muchacho condenado a una trayectoria cruel e irremediable. Por último, en lugares que no eran particularmente portadores de esperanza, oí la voz de personas que permanecieron sanas espiritualmente, y que siguen frente y contra todo alimentando las mismas aspiraciones. En Hiroshima, creo haber hallado claves para reflexionar de manera concreta en lo que es la autenticidad del hombre. Y también allí fue que pude ver la impostura más intolerable cometida por el ser humano. Pero todo lo que vagamente discerní no es más que la parte ínfima, que aflora en la superficie, de una cosa absolutamente monstruosa y terrorífica, todavía agazapada en las tinieblas.

En el número 11 de *Hiroshima no Kawa*, Okuda Kimiko escribe:

“Centenares de personas, con sus ropas en jirones y a medias calcinadas, llegaron a duras penas hasta el dispensario, arrastrando las piernas. Por más que les preguntara lo que había pasado, todo el mundo sólo repetía la misma cosa: ‘Hubo un resplandor cegador, un estrépito espantoso, las casas se derrumbaron, las personas empezaron a arder como antorchas, no comprendemos lo que pasó.’ Nosotros estábamos pendientes de lo que decían, pero incluso cuando hablaban, se derrumbaban súbitamente y morían unos tras otros. ¿Con qué puede compararse eso? La única imagen que venía a la mente era la de las figuras infernales del *Ōjō Yōshū*.”⁶

“Figuras infernales”. Durante el largo encadenamiento de nuestra Historia, el ánimo de los pueblos ha estado obsesionado siempre por pesadillas del fin del mundo. Las imágenes de apocalipsis subyacentes en los mitos religiosos de antaño se vuelven a encontrar en el presente, en esta segunda mitad del siglo XX, en las novelas de ciencia-ficción. Entre las visiones escatológicas que nos proponen, ésta es sin duda la más horrorosa: a consecuencia de una degeneración de su sangre y de sus células, todos los hombres experimentan metamorfosis monstruosas y terminan volviéndose criaturas extrañas e inenabables, que ya no tienen nada de humano. En la Edad Media, epidemias y guerras hicieron entrever ciertamente a las poblaciones el verdadero rostro del apocalipsis. Sin embargo, la gente podía suponer que había un dios más allá de su infortunio, y a pesar de todo debía quedarles el descanso de imaginar, en un rincón de su espíritu, que tras su desaparición total llegaría otro pueblo, que también cultivaría la tierra y pescaría en el mar. Parece que las

⁶ Esa “Colección de textos esenciales sobre el Renacimiento en el Paraíso de la Tierra Pura”, compilada en 984-985 por el monje Genshin (942-1017), presenta pasajes de más de 160 sutras relativos a las prácticas necesarias para renacer en el Paraíso del Buda Amida. Esa obra, que rápidamente se hizo muy popular, estaba acompañada de ilustraciones ordenadas por el emperador En'yū (959-991): representaban los “diez estados del universo”, en especial el infierno y sus suplicios.

visiones escatológicas anteriores al siglo XIX hubieran tenido como el presentimiento de una “prórroga”. O por lo menos la gente creía que la humanidad llegaría al fin del mundo teniendo aún la forma y el nombre del hombre.

Pero cuando las células son destruidas por la radioactividad, y ésta tiene una incidencia sobre los genes, entonces es completamente pensable que la humanidad de mañana ya no esté hecha sino de criaturas extrañas e innombrables. ¿No es ése precisamente el cuadro más negro, el más horroroso que uno pueda formarse del apocalipsis? Ahora bien, lo que pasó hace veinte años en Hiroshima es una matanza totalmente espantosa en el sentido de que tal vez contiene los signos precursores del verdadero fin del mundo: el día en que nuestra civilización ya no será transmitida más que por seres con la sangre y las células tan degeneradas que ya ni siquiera se podrá designarlos con el nombre de “hombres”. He allí donde se sitúa la “cosa absolutamente monstruosa y terrorífica, agazapada en las tinieblas de Hiroshima”: en esa eventualidad y en ninguna otra parte. Hace ya cinco años, en un texto escrito durante mi primera visita a la ciudad, evoqué el espanto que me había sacudido hasta lo más recóndito al ver unas muestras de *Veronica persica* y de álsine presentadas en el Museo conmemorativo. La impresión de total destrucción que emana de esas dos encantadoras plantas bienales, surgidas del suelo de Hiroshima después del bombardeo, aun hoy me oprime todavía. Ya no es posible regenerar completamente lo que ha experimentado tal devastación. Si esa devastación invade la sangre y las células del hombre, será el fin del mundo. Si somos capaces con la imaginación de representarnos de manera justa ese cuadro apocalíptico, entonces convertirse en los “compañeros de los *hibakusha*” - para retomar los términos del editorialista Kanai - ya no es siquiera una cuestión de decisión: es el único medio que nos queda de vivir como seres mentalmente sanos.

Yo tomaré parte en la campaña a favor del Libro blanco sobre los daños causados por las bombas A y H. Y de aquellos que, como el doctor Shigetô en primer término, encarnan verdaderamente el pensamiento de Hiroshima, de aquellos que prosiguen sus tareas cotidianas cuidándose a la vez de la desesperación y del exceso de esperanza, sin declararse vencidos

nunca - de todas esas personas en quienes veo a los japoneses más auténticos que haya conocido nuestro país desde el bombardeo, me declaro enteramente solidario.

Traducción de Silvio Mattoni